



LA BIBLIOTECA

revista fundada por Paul Groussac

Los libros y la vida
Horacio González (1944-2021)

Juan Sasturain | Pasquale Serra y Micaela Cuesta | Pedro Yagüe
Ricardo Aronskind | Juan Laxagueborde | Cecilia Abdo Ferez
Afrânio Mendes Catani | Soledad Guarnaccia y Julia Rosemberg
Martín Cortés | Juan José Giani | Alejandro Boverio, Darío Capelli y Matías Rodeiro
Rodolfo Fogwill | Carlos Bernatek | Eduardo Rinesi
Gabriela García Cedro | Nicolás Rosa | Gisela Catanzaro
Mariana Luzzi | Eduardo Grüner | Mariana Gainza | Natalia Romé
Guillermo David | Ricardo Forster | Patrice Vermeren
Guillermo Korn | Javier Trímboli | Mara Glozman
Carla del Cueto | Sebastián Scolnik | Federico Galende | Ezequiel Grimson
Sergio Raimondi | Sebastián Russo | Alejandro Kaufman
Gabriel D'Iorio | Cecilia Flachsland | Edgardo Mocca
Gustavo Ferreyra | Américo Cristófalo | Luis Gusmán | María Pia López
Roberto Retamoso | Patricia Funes | Leonardo Eiff
Cintia Córdoba | Santiago Azzati | Diego Tatián | Diego Sztulwark

**Número
especial**

ÍNDICE

- 3 • **Editorial. La filigrana sutil y travesía de la historia: Groussac, Borges y González.**
- 4 • **Los libros y la vida.** *Por María Pia López, Eduardo Rinesi y Sebastián Scolnik*
- 7 • **Falta amigo y truco.** *Por Juan Sasturain*
- 8 • **Horacio González, “nuestro Gramsci”.** *Por Pasquale Serra y Micaela Cuesta*
- 18 • **Cantar la falta.** *Por Pedro Yagüe*
- 24 • **Horacio González y la idea del desarrollo.** *Por Ricardo Aronskind*
- 32 • **Problemas y galerías.** *Por Juan Laxagueborde*
- 40 • **Mediações brasileiras.** *Por Cecilia Abdo Ferez*
- 48 • **El viaje interrumpido de Albert Camus, “el mejor hombre de Francia”.**
Por Afrânio Mendes Catani
- 56 • **Entre derrotas y travestismos. González como ghost writer de Evita.**
Por Soledad Guarnaccia y Julia Rosemberg
- 64 • **Horacio González, marxista.** *Por Martín Cortés*
- 72 • **Peronismo en la incertidumbre.** *Por Juan José Giani*
- 80 • **Momentos de El Ojo Mocho.** *Por Alejandro Boverio, Dario Capelli y Matías Rodeiro*
- 90 • **Fogwillianas.** *Por Rodolfo Fogwill*
- 98 • **Discursos en papel de diario.** *Por Carlos Bernatek*
- 104 • **El feliz disparate de las cosas.** *Por Eduardo Rinesi*
- 112 • **Horacio González, política y desmesura.** *Por Gabriela García Cedro*
- 120 • **La sinrazón del ensayo.** *Por Nicolás Rosa*
- 136 • **El ojo bizco.** *Por Gisela Catanzaro*
- 146 • **La tradición en disputa: Horacio González y la sociología argentina.**
Por Mariana Luzzi
- 152 • **La larva y las alas (Dos cartas a Horacio González).** *Por Eduardo Grüner*
- 160 • **Vida y transfiguración de la retórica.** *Por Mariana Gainza*
- 170 • **La astucia de lo informe.** *Por Natalia Romé*
- 180 • **La Biblioteca viviente.** *Por Guillermo David*
- 186 • **Escritos en carbonilla o la memoria de lo efímero.** *Por Ricardo Forster*
- 194 • **Escritos franceses.** *Por Patrice Vermeren y Horacio González*
- 222 • **Lo que se cifra en el nombre.** *Por Guillermo Korn*
- 228 • **Sobre moradas y topos.** *Por Javier Trímboli*
- 238 • **Horacio González y el metalenguaje de lxs argentinxs.** *Por Mara Glozman*
- 250 • **La conversación, la cortesía y la guerra viajan en taxi.** *Por Carla del Cueto*
- 258 • **La voz adherida a los archivos.** *Por Sebastián Scolnik*
- 274 • **Sigue la nave.** *Por Federico Galende*
- 282 • **Ecos argentinos en la Feria de Frankfurt.** *Por Ezequiel Grimson*
- 290 • **Del genealogista como rastreador.** *Por Sergio Raimondi*
- 298 • **Konstelaciones. O sobre la palabra (en) política.** *Por Sebastián Russo*
- 308 • **Sobre ultraje, lengua y género.** *Por Alejandro Kaufman*
- 316 • **Pervivencias. Cartas arrojadas al mar del presente.** *Por Gabriel D'Iorio*
- 326 • **Guía para una redacción emancipadora.** *Por Cecilia Flachsland*
- 332 • **La generación del Cordobazo.** *Por Edgardo Mocca*
- 340 • **Digresiones en torno a la carne.** *Por Gustavo Ferreyra*

- 344 • **En la cámara oscura: Lezama leído con Horacio.** *Por Américo Cristófalo*
- 352 • **El lector sonámbulo.** *Por Luis Gusmán*
- 360 • **Archivo y bricolaje.** *Por María Pia López*
- 370 • **El Perón de Echeverría.** *Por Roberto Retamoso*
- 380 • **Un vitalismo prudente y sobrio.** *Por Patricia Funes*
- 388 • **Ascesis y redención.** *Por Leonardo Eiff*
- 396 • **La lengua universitaria contra el *ethos* del imperio burocrático.**
Por Cintia Córdoba
- 404 • **Fenomenología de un tropiezo.** *Por Santiago Azzati*
- 410 • **El punto ciego.** *Por Diego Tatián*
- 418 • **Para nosotros, González.** *Por Diego Sztulwark*

De oratore. Discursos de Horacio González

- 436 • **Y la nave va**
- 442 • **Los nombres de la historia y sus paradojas**
- 454 • **Sin nosotros, no somos nada**
- 460 • **Pañuelo blanco**

El ojo bizzo

Por Gisela Catanzaro

Acerca de Restos pampeanos. Ciencia, ensayo y política en la cultura argentina del siglo XX (Buenos Aires, Colihue, 1999)

Leer y escribir son también formas de salvar. Gisela Catanzaro lee uno de los libros mayores de Horacio González, *Restos pampeanos*, como un gran ejercicio de recuperación de una cantidad de trastos que los movimientos dominantes de las teorías más establecidas en la academia de fin del siglo pasado habían querido tirar por la ventana, entre los que hay que ubicar los compromisos públicos de los textos con las luchas sociales y políticas de las épocas en las que fueron producidos y puestos en circulación y la propia dimensión utópica y emancipatoria de la ciencia. *Restos pampeanos* buscaba tomar distancia de las autorrepresentaciones más menesterosas de unas ciencias sociales que se habían apurado, en nombre de un antisustancialismo banal, a mostrarse y a pensarse lejos de cualquier compromiso “metafísico” y de cualquier intento por comprender los mitos dentro de los cuales se desarrolla nuestra vida colectiva. Más de dos décadas después, Catanzaro analiza la actualidad de este ademán teórico y político.

*Pensamiento estereoscópico...
incluir dentro del pensamiento
el recuerdo de que él mismo es
inevitablemente el resultado de un
sistema que lo rebúye y que él perpetúa.*

FREDRIC JAMESON, *Marxismo tardío.
Adorno y la persistencia de la dialéctica*

Hay lugares donde los textos dan señas de su talante, de las obsesiones que secretamente los animan, de sus dramas. En los textos que seguimos leyendo una y otra vez a través de los años, no suelen ser lugares protagónicos, como los que ocupan las declaraciones de principios en los documentos doctrinarios o el marco teórico en la arquitectura de una investigación. Vienen más bien como detalles marginales, sometidos a una contingencia que en cada momento podría borrarlos de un plumazo. Todo ocurre como si, al pasar, lxs autores hubieran dejado caer una miguita que un rastreador del futuro podría recuperar como valiosa clave para la resolución de un enigma, pero que también se pueden comer los pájaros. En uno de sus tantos meandros, el ensayo podría ser pensado como esta apuesta a entrever y decir lo crucial por la vía de esa lateralidad que es también una apuesta a no perder de vista la materialidad del lenguaje: no lo que se sostiene a través suyo, sino lo que se amasa en su razón poética y lo que esta es capaz de hacerle a un mundo que ni ella ni el concepto se limitan a representar. Pero por esa misma hospitalidad para lo no inmediatamente significativo y para la interrogación de las políticas del lenguaje, el ensayo cae habitualmente bajo sospecha de minimalismo y de esteticismo, un riesgo particularmente

peligroso en épocas que llegaron a hacer del rechazo de la pregunta por la totalidad social e histórica su consigna, y de cierto constructivismo textualista, su método oficial.

A veinte años de publicada la obra, Horacio González planteó esta cuestión a propósito de *Restos pampeanos*: el libro había querido leer los textos de la tradición de una forma atemporal, donde solo existían movimientos retóricos. Pero, paradójicamente, era esta atención a lo eterno del diálogo que obras emancipadas de sus contextos podían entablar entre sí la que lo fechaba como un libro de los años noventa. Su reflexión de 2019 nos pedía examinar, entonces, el problema de las marcas coyunturales que habían sostenido la estrategia de la eternidad de ese ensayo que había querido salvarnos del historicismo. ¿Nos arrojaba ahora fuera del texto para evaluarlo a distancia? Más bien nos volvía a involucrar en una lectura *ensayística* que, atendiendo a lo lateral en un texto, busca liberarlo, también, del monólogo en que la palabra parece satisfacerse a sí misma, poniendo en consideración aquello que la suscita y a lo que apunta; lo que divide internamente al texto y le impide cerrarse sobre sí mismo: esa orientación hacia la realidad de la que el ensayo proviene y sobre la que procura impactar. Así, se trataba de indagar el drama de un texto —en este caso de su autoría—, que nunca es exclusivamente textual si por tal cosa debiéramos entender una interioridad conclusa y autocontenida, porque su impulso empezó a configurarse antes de lo que él pudo reconocer y su destino dependerá de su inscripción en la sensibilidad de lxs lectores que vendrán o no. Ensayísticas son, en este sentido, una lectura

y una escritura que podríamos llamar materialistas porque su inestabilidad —descentramiento, diríamos hoy— proviene menos de una reglamentación metodológica fundada en una decisión intrateórica deconstructiva o de un temor al fundacionalismo que de dos movimientos tensionados y asimétricos donde la reclamada vuelta del texto sobre sí mismo para interrogar su inconsciente textual está a su vez exigida por lo que en el texto es más que texto: sus alusiones a una actualidad desbordante o esquiva, alusiones por las que las obras se ven desposeídas de su autosuficiencia en tanto obras y atadas a la contingencia de esa historia en la cual practican una política de la interpretación.

Esta doble exigencia no era ajena al modo de lectura que *Restos pampeanos* había puesto en juego en su lectura de la cultura nacional. Si gracias al trabajo con la sonoridad del lenguaje el texto señalaba cuestiones teóricas cruciales pero insospechadas por las mismas obras leídas —cuestiones tales como las posibles continuidades existentes entre los objetos de la crítica en lo que ellos tienen de empobrecedores y ella misma en tanto mecanismo de repetición que ha perdido el asombro frente a su materia y solo encuentra en ella lo que va a buscar—, la existencia misma del texto de González se planteaba simultáneamente como excesiva respecto de disquisiciones estrictamente intrateóricas. Por un lado, porque se anunciaba como una intervención en un cierto estado de las ciencias sociales realmente existentes; estado que, sin serle ajeno, *Restos pampeanos* quería volver experimentable como empobrecedor para activar otra política del conocimiento. Se trataba de producir una distancia interna en los esquemas

dominantes de interpretación de la ciencia volviendo audible otro conocimiento posible, y esto involucraba un movimiento sensible tal como el que se labraba al nombrar como “dispositivismo” a una lengua con pretensiones críticas —del “positivismo argentino”, en este caso— pero convertida en jerga oficial. Pero, por otro lado, en esa posible transformación de las políticas del conocimiento, estaba en juego lo político también en un sentido extracientífico, o bien, en un sentido que González posiblemente llamaría social, entendiendo por tal cosa un cierto estado de la conciencia y de la práctica pública, que era la sustancia última de lo que se jugaba en la disputa por el método en las ciencias. Por este doble reenvío a la política en un sentido no exterior pero sí excesivo respecto de una política de la escritura, el trabajo de la retoricidad que el texto *hacía* en la materia del lenguaje era destotalizado, y el drama de la historia —que en parte se jugaba en la suerte de los textos— se mostraba como algo más que un texto, entre otras cosas porque en él no somos inmortales.

Esa huella de la transitoriedad y de la politicidad transtextual que lo afecta es una marca del ensayo, una huella que convive disonantemente en él con su simultánea tendencia al movimiento autorreflexivo realizado bajo el signo de la retórica, y que atraviesa *Restos pampeanos* de parte a parte, no solo en su sollicitación práctica del ensayo como método, sino también en su referencia al ensayo como materia u ocasión de la reflexión. “Borges nunca disputó masas como sí lo hicieron los aguafuertistas” —dice González—, “al revés del aguafuertismo, convertía en *jardín que se bifurca* los dilemas

históricos” (p. 128). Esa conversión habilitaba muchas cosas, pero contenía también su momento de ofuscación: el que nos impermeabilizaba frente al acaso —la urgencia de una invocación, de un llamado, que podría no recibir respuesta— liberándonos imaginariamente de un más allá del texto que desquiciaba el juego intratextual. Porque para un texto —para una teoría—, “disputar las masas” era estar esencialmente exiliado del jardín acogedor en que podríamos vivir si la historia fuera enteramente texto, si el texto no estuviera habitado, también, por lo que no se le parece, lo heterogéneo a él; eso que, en el ensayo, persiste como vibración interior pero impropia. Y entonces la experiencia ensayística de la política como inmanente, pero también como aquello que saca de quicio a un texto, plantea la necesidad de producir demarcaciones en las totalizaciones textualistas: no hay nación ni revoluciones sin textos sedimentados que siguen hablando en nosotros y cuyos restos invocamos para actuar, pero la nación no se reduce a un conjunto de textos, ni las revoluciones se resuelven en esa materia textual. Suponerlo implicaría una reducción violenta de lo heterogéneo que querría clausurar el azar de la historia.

Restos pampeanos —así como los mismos libros que el libro interpreta— se halla enteramente constituido por esa doble inestabilidad estética y política. Considérense si no este tipo de frases: “Nuestro libro no se quiere metafísico [...] pero tampoco se siente exultante por no serlo” (p. 12); “La política no tiene ensimismamiento pero es político el ensimismamiento que recuerda aquella carencia sin dejar de asumirla en el propio gesto de señalarla” (p. 17). Metafísica

—o bien referencia mítica— y política actúan en estas frases como términos desencajados, que están afuera y adentro simultáneamente, que no cesan de desplegarse como campos tensionados de sentidos cuya convivencia es prácticamente imposible pero que solo una analítica empobrecedora querría separar para decir bien a qué nos estamos refiriendo en cada caso. El ensayo no cede a esta oscura voluntad de clarificación. Dice que la política es a la vez escritura ensimismada y reflexiva y eso diverso de todo ensimismamiento. Dice que, en tanto nunca queda absuelto de cierto posible momento de ofuscación y recalque empotrado en nuestro pensamiento, *el mito* es eso que no puede ser elevado



... a esas frases internamente escindidas, menos por un solaz retórico que ante la inminencia de una pérdida de imaginación en las palabras que anticipa una destrucción real [...] se les podrían sumar otras, sugeridas o explicitadas en este libro o en otras intervenciones de González que prosiguieron su debate con el clima de época finisecular: no nos queremos oscuros pero lo seremos si el caso lo impone; no pretendemos poder acceder a la sustancia última de todas las cosas —sea que la llamemos espíritu o texto, o que en cambio la pensemos como esos intereses materiales transparentes que ella ocultaría—, pero tampoco vamos a sentarnos cómodamente a hablar de la ausencia de fundamento o a garantizar que el “vacío” no se llene con demasiadas cosas indeseables que desordenen el edificio de la filosofía contemporánea.

a consigna ni pensarse como una construcción —represiva o “libertaria” pero desencarnada—. Y, asimismo, dice que *no hay crítica* —en el inextricable doble sentido político y cognitivo— *sin mito*, no solo debido a la contextura lingüística —mítica— del pensar, sino porque *los* mitos históricamente sedimentados y políticamente relevantes son ocasiones para la reflexión sobre el legado y para la acción emancipatoria. Las luchas populares “son para definir el sentido constructivo de emancipación del mito. Es porque el mito encierra esa posibilidad emancipatoria que las fuerzas anti-humanas quieren anexarlo para su procedimiento, pues invocan lo que quizá también tenga, pero como calidad inferior y destartalada: la de cerrar la experiencia vivida con una sustracción de la raíz humana de la acción, anulada

con ensueños espeluznantes y pensada desde la sangre” (p. 426). En este fragmento palpita una referencia al humanismo sobre cuyos potenciales políticos emancipatorios habrá que seguir reflexionando sin dogmatismos y en coyunturas

precisas.¹ Pero lo cierto es que la absolutización del presente en la que la neoderecha argentina querría ver consumada su revolución cultural tuvo y tiene como uno de sus movimientos clave la confiscación del mito realizada por la vía paradójica de su denostación. Apropiándose del mito de la transparencia —al que muchas izquierdas habían confiado su utopía de un mundo liberado y que recientemente volvió a ser rebautizado como “sinceramiento”— la derecha, que ya no se quería derecha y que en el camino borró del mapa a la izquierda, descartó por míticos y anacrónicos los términos que en el país habían nombrado las disputas políticas del siglo XX y orientado la acción. Precisamente por eso, en el momento en que parecían perder su brillo, contra la ideología del fin de las ideologías pero también contra el constructivismo radical que avanzaba en las academias internacionales, el ensayo de González exigía que los mitos —izquierda, derecha, nación, izquierda nacional— fueran auscultados en su potencial emancipatorio atendiendo al doblez interno del “mito como libertad frente a los dones del pasado y como invocación de dioses aterradores” (p. 426).

Así, a esas frases internamente escindidas, menos por un solaz retórico que ante la inminencia de una pérdida de imaginación en las palabras que anticipa una destrucción real —frases que señalan el talante de *Restos pampeanos*—, se les podrían sumar otras, sugeridas o explicitadas en este libro o en otras intervenciones de González que prosiguieron su debate con el clima de época finisecular: no nos queremos oscuros pero lo seremos si el caso lo impone; no pretendemos poder acceder a la sustancia última de todas las cosas —sea que la llamemos espíritu o texto, o que en

cambio la pensemos como esos intereses materiales transparentes que ella ocultaría—, pero tampoco vamos a sentarnos cómodamente a hablar de la ausencia de fundamento o a garantizar que el “vacío” no se llene con demasiadas cosas indeseables que desordenen el edificio de la filosofía contemporánea. Son demasiados los trastos que el antisustancialismo quiso tirar por la ventana: entre ellos la dialéctica, la metamorfosis y un marxismo que resistió tenazmente la reducción materialista vulgar, una reducción que, no sin paradoja, se volvió a sancionar, hacia el fin del siglo que pasó, como ortodoxia académica en los debates sobre “la invención de la nación” o “las comunidades imaginadas”, donde los mitos socialmente relevantes se sumaban sin más a la cuenta de las operaciones turbias del poder y sus inconfesables designios.

Ciertamente ellos, y entre ellos el de una nación irredenta, apostaban a menudo a confiscar la historia, como si nación mentara una emanación atemporal de un ser situado más allá del conflicto. Esto no podía ser aceptado. Pero tampoco podían ser pensados los mitos políticos como constructos hipostasiados sobre la realidad o como construcciones libremente formuladas sobre la nada. *Restos pampeanos* es, en este sentido, un largo debate con el constructivismo que, ya fuera bajo el signo de la denuncia de una política concebida en exclusividad como el efecto —la invención— de demiurgias estatales o bajo el signo de un reclamo político sobre los derechos absolutos de la contingencia para elaborar lo nuevo, perdía de vista los restos y el pensar concreto del *bricoleur* que “arma objetos nuevos (obras o pensamientos) bajo la caución de

un mundo que ya dispone de materiales heteróclitos pero limitados”, que “inventa sobre la base de lo existente social real” (pp. 430-431). ¿Se puede hablar de invención si no son creados hasta el último de los elementos que constituirán el nuevo ser? Y a la inversa, ¿cómo podrían ser diversos del sí mismo que ya es, elementos enteramente manufacturados en el juego de una política que no le debe nada a nadie ni a nada más que a sí misma? Puesto que el espíritu de la época oscilaba entre el regodeo solipista de la construcción significativa y la censura de todo doblez retórico como mera impostura, sostener este tipo de preguntas y esta retórica “indecidable” representaba una política de la teoría que intervenía en su actualidad reclamando, por parte de la *ciencia*, un reconocimiento de su específica imbricación en el mito y del problema de la herencia —al margen del cual se banalizaba el de la producción del acontecimiento porvenir—, y, por parte de la *política* con intenciones emancipatorias, cierta hospitalidad *para* —y cierto extrañamiento frente *a*— lo heredado, así como *para* un “ensismamiento” reflexionante que, sin constituir el modelo de *la* política sin más (la política no tiene ensismamiento), no podía tampoco ser sencillamente descartado como apolítico —o, incluso, despolitizador— porque en él se cifraban las chances de que la práctica política no degradara en gestión, simple administración ciega de la mala realidad. Por eso, con este tipo de frases imposibles que venimos comentando, y que solo el *ensayo* podía sostener, se labraban también los tres vértices del triángulo anunciado en *Restos pampeanos: ciencia, ensayo y política*.

Este triángulo no se compone de tres historias enlazadas cuyos objetos serían independientes entre sí —la historia de la ciencia argentina, la del ensayo y la de las disputas políticas configuradas en torno a la cuestión nacional—, sino que enlaza a estos términos en un nudo borromeo bajo la idea de lectura como un acto de justicia: para salvar al drama político de la nación de lo que la ciencia había hecho de él —un constructo estatal, una superestructura hipostasiada para perpetuar relaciones de dominio, un efecto de dispositivos tan coherentes como omnipotentes—, había que salvar al ensayo que el positivismo argentino había arrumbado en el rincón de los pensamientos metafísicos que debían ser superados. Pero salvando al ensayismo argentino, se salvaba también a la ciencia que, leída ensayísticamente por González, se transformaba en otra cosa que ese macizo monóticamente positivista donde las ciencias sociales contemporáneas reconocían los rasgos unánimemente disciplinarios de un dispositivo estatal.

La idea de salvar leyendo —la idea de que una lectura, un conocimiento, una interpretación, un texto, podrían salvar una existencia histórica— no es ajena a cierta desbocada pretensión idealista/textualista donde el espíritu, el concepto o el texto tienden a convertirse en absolutos inconscientes de sus propios límites. Pero el problema metodológico en *Restos pampeanos* no se configuraba al interior de esta idea sino en su promesa y en su imposibilidad. Si no quería resolver la cuestión de las masas en un pliegue interno del conocimiento o la interpretación, insistía sin embargo en la potencia de la lectura como movimiento de redención de la materia histórica. Y es que al margen de esta

aspiración redentorista —que la ciencia quiso mantener a raya fuera de sus dominios “intraepistemológicos”—, el conocimiento tendía a resolverse en una trivialidad o en un tecnicismo inocuo. Señalar lo desproporcionado de una interpretación/lectura/conocimiento que quisieran identificarse sin más con la transformación *tout court* de la realidad no debía implicar que la interpretación/lectura/conocimiento pudieran y debieran ser eximidos de su responsabilidad con la realización de una justicia pendiente, porque al margen del reconocimiento de esa incumbencia extraepistemológica no solo no había justicia sino que tampoco había conocimiento. Una ciencia que no hiciera justicia a lo conocido no podía reclamar para sí la verdad. “Las ciencias no tuvieron la precaución de pensar la relación entre conocimiento y expresión (que el ensayo interrogaba) y se lanzaron a desprestigiarlo” (p. 10). Sin embargo, “no debe ser posible mentar la palabra ciencia [...] si no reaccionamos con aptitudes para revisar la historia dramática de sus usos, sus lenguajes, sus previsiones, sus fantasmagorías políticas imperialistas o racistas que incesantemente le están adheridos” (p. 75).

Era a las ciencias sociales de 1999 —y no solo a sus antecesores centenarios— a las que Horacio González les estaba hablando. De lo que se trataba en esa interpelación no era de restituir los bandos que la historia había enfrentado como ciencia o ensayismo, sino de pensar las “adherencias” y preguntar si verdaderamente podía —puede— haber ciencia sin ensayo. Si puede haber ciencia sin ese tipo de escritura hospitalaria a la autorreflexión que vuelve incesantemente sobre las obcecaciones dogmáticas de la ciencia y sus compromisos políticos

inconscientes, pero menos en un gesto de censura que la reconoce como otro de los tantos “mecanismos de El poder” que como llamado a que en ella se cumplan las utopías emancipatorias que también latieron en el seno del proyecto ilustrado. Renunciar a la pregunta por esta dimensión alocada y utópica de la ciencia era lo que González no le perdonaba al “dispositivismo” que, en un gesto crítico presuntamente radical, volvía a sancionar —en profunda afinidad metodológica con el positivismo que se proponía criticar— la necesidad del fatalismo concomitante a quien comprueba que esto es “lo que hay” y se allana a identificar la realidad —toda realidad— con lo dado, con la realidad depurada de los pasados que laten en ella y de sus tensiones al porvenir, con la realidad reducida a sus perfiles más visibles. *Restos pampeanos* se proponía, en cambio, leer los restos míticos —las adherencias sociales— presentes en la ciencia argentina para ponderar sus potenciales emancipatorios, y así salvar a la ciencia a pesar de la ciencia. Desobedeciendo las instrucciones metodológicas provistas por la ciencia vigente, no abrazaba la anticencia (que, como el antimodernismo de Martínez Estrada, no podría convertirse en una consigna), sino que demoraba el juicio sobre la ciencia argentina para procurar desenterrar su mito-poética rebelde, para hacer saltar las imágenes de una vida emancipada que, también, anidaban en los textos de la ciencia positivista. Lo que había sido celebrado o condenado como una identidad conclusa era convertido en un campo de fuerzas en tensión que no precisaba ser corregido desde afuera, sino desplegado por una suerte de espectrología que buceaba perseverantemente en su opacidad inmanente. En las imágenes de la ciencia argentina anidaban utopías de la nación y,

como la nación, “peculiar trabazón de razones divergentes y fuerzas que se contraponen buscando un punto de plenitud que a su vez genera un vacío” (p. 12), la ciencia debía ser leída en su conflicto y en su dimensión de ensoñación. Esto se le decía no solo al positivismo sino también a las interpretaciones de la cuestión nacional que protagonizaban la escena académica y política en una coyuntura globalizadora. Hoy, cuando el debate sobre el “invencionismo de la nación” tal vez ya constituya un debate del pasado, la intransigencia de *Restos pampeanos* en su solicitud simultánea a las ciencias sociales y a la política para revelar la dialéctica irresuelta que anida en las instituciones y en los mitos sociopolíticos encarnados por sucesivas generaciones, tal vez sea más actual que nunca. Porque la política tiende a la banalidad al no poder enunciarse en términos de utopías históricas en que se fraguan esperanzas y temores de lo social. Y lo social queda en manos de la derecha —política y social— cuando las utopías sociales se cristalizan en mitos dominantes cuyo sentido ya nadie osa disputar, tal como sucede en nuestra coyuntura actual con el ideal de la educación, en el que tantas generaciones vislumbraron una posibilidad de ascenso social y redención igualitaria, y que hoy resulta esgrimido por una derecha orientada a dar satisfacción y potenciar, a

Pero salvando al ensayismo argentino, se salvaba también a la ciencia que, leída ensayísticamente por González, se transformaba en otra cosa que ese macizo monolíticamente positivista donde las ciencias sociales contemporáneas reconocían los rasgos unánimemente disciplinarios de un dispositivo estatal.

través suyo, deseos jerárquicos, racionalizando discursos de odio contra una alteridad experimentada como insostenible. El otro debe ser educado porque educado, se le dice, sería “autónomo”, esto es, reconocería que su suerte solo depende de sí mismo y, así, que el mundo debe ser satisfecho cuando reclama su sacrificio y su sumisión, en lugar de tanto despilfarro en el conflicto y en tanto derecho laboral. ¿Qué harán las ciencias sociales contemporáneas frente a este “nuevo” mito compuesto de una materia tan próxima al campo de estas mismas ciencias en las universidades? Ciertamente no es, hoy, la voz de la emancipación la que nos advierte que nos quieren “burros, sumisos y pobres” y que exalta una educación idealizada como si en ella —y no en las deudas sociosimbólicas y económicas pendientes— se jugara el porvenir de un país emancipado. Por eso no podemos acoplarnos alegremente

a este término “educación” como si fuera autoevidente y todes estuviéramos hablando de lo mismo. Pero tampoco podemos descartarlo o ponerlo en la cuenta de “el poder” como si bastara comprender toda la promesa ilustrada como una declinación más —y altamente efectiva además en un capitalismo semiotizado— de los dispositivos disciplinadores que producen y reproducen subjetividades funcionales al statu quo. González nos enseñó a leer este tipo de paradojas interpretativas de un modo político y a pensar la política en su densidad de interpretación y drama histórico. Por eso su legado resulta imprescindible para unas ciencias sociales que quieran sostenerse productivamente sobre el abismo que se abre entre una inmanencia confortable en la teoría y un fatalismo impotente en la política sin caer precipitadamente en alguno de los polos que pone a su disposición la inmediata realidad.

NOTAS

1. ¿Se puede salvar el humanismo? ¿Y qué cosas preservaríamos allí? ¿La reflexión, contra el antiintelectualismo dominante? ¿La posibilidad de que hagamos la historia, contra la convicción presentista de su fin? ¿La moral como una posibilidad crítica sobre el presente, contra la moralización que nos castiga por no allanarnos a sus demandas? No son preguntas retóricas. Sin una lectura precisa de aquello que amenaza y de lo que está en riesgo será muy difícil responderlas de un modo concreto que, por consiguiente, sea capaz de involucrarnos afectivamente en esa lucha.